

La investigación cualitativa aplicada al estudio del nacionalismo: el discurso neoespañolista¹

HELENA BÉJAR

Departamento de Sociología I (Cambio Social)

Universidad Complutense de Madrid

hbejar@cps.ucm.es

Recibido: 12.03.2007

Aceptado: 29.05.2007

1. ESPAÑA ¿NACIÓN O ESTADO?

El presente artículo es parte de una investigación sobre los diversos discursos ideológicos en España alrededor del nacionalismo en sus versiones tanto del nacionalismo de las naciones sin Estado, específicamente en Cataluña y en el País Vasco, como del nacionalismo español. Las páginas que siguen constituyen el análisis de cinco grupos de discusión. Los tres primeros forman el núcleo de lo que llamo discurso neoespañolista. Dicho discurso está formado por tres grupos de varones de edades comprendidas entre los cincuenta y los sesenta años. El primero está compuesto por varones de clase media-alta. Tuvo lugar en San Sebastián con votantes del PSOE, algunos de los cuales pertenecían a *Basta ya*. El segundo se realizó en Vitoria con votantes de PP, alguno de los cuales pertenecían al *Foro Ermua*. El tercero en Barcelona con varones votantes del PSOE y el PP, de clase media-media, inscritos en la asociación crítica con el nacionalismo catalán *Asociación por la Tolerancia*, posteriormente integrada en el partido no nacionalista *Ciudadanos*. Los otros tres grupos se realizaron en Madrid: el primero con varones de edades comprendidas entre los veintiséis y los treinta y seis años, de clase media-media y votantes del PSOE y del PP; el segundo con varones de edades entre cuarenta y cincuenta años, de clase media-baja y votantes del PSOE e IU.

* * *

¹ La investigación de la que este artículo es parte fue financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (Dirección General de Investigación) y por la Comunidad de Madrid (Dirección General de Universidades e Investigación).

En su viaje a América Alexis de Tocqueville distinguía tres tipos de patriotismo en América. Primero, un patriotismo natural, pasión irreflexiva o «instinto indefinido» que se confunde con el amor por las costumbres antiguas, el respeto por los antecesores y la memoria del pasado. Segundo, el patriotismo de la Ciudad o «ilustrado» que se desarrolla con ayuda de las buenas leyes, conecta con la ciudadanía y es inseparable de los derechos políticos (Tocqueville, 1981). Se puede distinguir un tercer tipo de patriotismo, el americano, que no es tanto el disfrute de los derechos como la participación activa en las instituciones.

Pues bien, el discurso de los tres primeros grupos arriba mencionados realizados en el País Vasco y Barcelona y críticos con el nacionalismo se relaciona con los dos últimos tipos de patriotismo tocquevilleano. Con el patriotismo americano, vinculado a la participación en asociaciones, puesto que muchos de sus miembros pertenecían a asociaciones cívico-políticas. Y también con el patriotismo de la Ciudad por el énfasis que ponen en el ejercicio de los derechos políticos. Los portavoces del discurso crítico con el nacionalismo entienden a España como un Estado más que como una nación. (Ahora bien, no utilizan la expresión, tan del gusto de los nacionalistas de las naciones sin Estado, de «Estado español»). La concepción de España se disgrega en varios sentidos.

A la pregunta «¿qué pasa con España?» se responde planteando la dicotomía entre Estado y nación, a la cual apenas se dedica atención. Expongo a continuación los diferentes sentidos que se dan del Estado. Este es, en primer lugar, una *institución*, «un continente» que provee de seguridad a los individuos por representar «una voluntad integradora frente al exclusivismo del nacionalismo». En segundo lugar es un *marco de derechos* y garantías que protegen al individuo, «una herramienta que permite tener seguridad, realización personal y ejercer un ámbito de libertad». En tercer lugar es el *medio que provee bienes colectivos* —como la sanidad y la educación—, es decir, el *instrumento* que reequilibra las desigualdades sociales y asegura la solidaridad. En cuarto lugar el Estado supone un *conjunto de reglas comunes* que han de ser aceptadas colectivamente para la convivencia. En quinto lugar un *conjunto de deberes públicos* que protegen a la ciudadanía cívica.

Institución que provee seguridad, marco de derechos y libertades y medio de provisión de bienes colectivos son formas de entender al Estado desde una perspectiva muy cercana al paradigma teórico liberal. Por su parte, las alusiones a las reglas de convivencia cívica y a los deberes de los ciudadanos se vinculan al paradigma republicano. El liberalismo entiende el gobierno como un instrumento para forjar los derechos de los individuos y los grupos. El republicanismo, tradición de pensamiento centrado en la participación política como mejor medio de realización humana, concibe el gobierno no de manera instrumental sino expresiva, como un órgano de la comunidad política, para la que el ciudadano tiene deberes, entre ellos el civismo, que señala las reglas mínimas para una convivencia civilizada, así como la participación en la esfera pública. Y es la quinta acepción de Estado, como conjunto de deberes públicos, la que se puede vincular en cierto modo al patriotismo racional de Tocqueville, consistente en la

práctica de los derechos políticos vertebrada por la participación. También a la tradición republicana.

Los sentidos del Estado que se ofrecen se inclinan por lo instrumental. Asimismo, se subraya la relación entre el Estado y España. Más allá del Estado como «mero concepto jurídico que hace referencia a un contrato», España es una «nación de ciudadanos con un proyecto común de convivencia», «un Estado de derecho que me garantiza que tengo los mismos derechos que los nacionalistas, es decir, libertad». «Nación de ciudadanos» es una expresión que la retórica política no nacionalista está reivindicando y de la que los grupos se hacen eco para subrayar una idea de nación cívica y voluntarista frente a otra étnica².

En los grupos de San Sebastián, Vitoria y Barcelona, con un elevado nivel de información política, surgen referencias al patriotismo constitucional y a la democracia deliberativa, aunque se reconoce que ambas son nociones «demasiado sutiles» y que forman parte sobre todo de un debate entre expertos: «En la calle la cosa es más simple: están los nacionalistas y los no nacionalistas. Y la cuestión es que a los no nacionalistas nos toca siempre el gasto de la argumentación» (Ignacio, 59, librero, PSOE, San Sebastián). Gasto improductivo, al parecer, porque dicha argumentación «no araña nada al PNV, por ejemplo, impermeable a tales sutilezas. Pero es preciso insistir en los derechos, la vía de la izquierda para afirmarse contra el nacionalismo». En una postura de distanciamiento crítico hay quien piensa que el patriotismo constitucional esconde una maniobra, «una añagaza del PSOE y de una izquierda que quiere responder a los nacionalistas pero sin ofenderlos. Porque vamos a ver: ¿de qué patriotismo, de qué Constitución se habla? En todo caso sería patriotismo constitucional español» (Carmelo, profesor, 53 años, PP, Vitoria). Otros creen que el patriotismo constitucional forma parte de un discurso demasiado abstracto y racional: «nadie pone vestimenta a ese ciudadano». Así, sería conveniente encontrar «un híbrido entre sentimiento y conciencia política: estar orgullosos de formar parte del Estado de derecho que es España» (Pepe, abogado, 50 años, PSOE, Barcelona).

En el análisis del discurso grupal se percibe una fuerte ambivalencia en relación a este lenguaje cívico. Por una parte se cree necesario porque supone una construcción racional capaz de independizarse de la emocionalidad propia del nacionalismo. Pero por otra se admite que la racionalidad es insuficiente «porque uno necesita una cierta idea de comunidad y la cosa no se limita al contrato ciudadano, al consentimiento en torno a unas instituciones». Pero ¿a qué comunidad se refiere este sentimiento de pertenencia? La ambivalencia se observa en ocasiones en un mismo participante que ora defiende «una nación de ciudadanos», ora admite que «estamos en una trampa mortal porque en una lucha entre una identidad tibia y una identidad fuerte la tibia siempre pierde. La primera emplea elementos difícilmente comprensibles para el ciudadano medio que siempre elige las emociones claras que ofrece el nacionalismo. Un planteamiento racio-

² Los textos clásicos para la concepción étnica y cívica de la nación, respectivamente, son la obra de Fichte (2002) y de Renan (1987).

nalista basado en conceptos confusos siempre lleva las de perder» (Ernesto, 53 años, diputado, PP; Vitoria).

Dicha alternancia de posiciones puede explicarse si se entienden el patriotismo cívico y el nacionalismo español como repertorios distintos que se presentan como opuestos, o al menos como alternativos, pero que en realidad se usan de manera situacional, es decir, dependiendo del contexto conversacional en que se encuentra el hablante. La idea de repertorios culturales se imbrica con la concepción de la cultura como una «caja de herramientas» que se seleccionan dependiendo del problema a resolver³. Desde esta perspectiva, la cultura no actuaría tanto de afuera hacia dentro, como un conjunto de normas y valores que está ahí afuera y nos coacciona —como teoriza Emile Durkheim—, sino —al modo de Max Weber— de dentro afuera, como un conjunto de recursos que informan la acción. En este caso hay dos vocabularios o repertorios de razones que se utilizan alternativamente en el transcurso de una reunión de grupo: el cívico-republicano, que menciona el patriotismo constitucional como una alternativa al nacionalismo a considerar, y el nacionalista-español. La utilización de uno u otro depende de si el participante se presenta como seguidor de un patriotismo racionalista o como defensor de la nación que se llama España: «Y ...bueno, yo creo que hay que dar colorete al discurso cívico y hablar de ciudadanía española». La definición de uno mismo como «un individuo que pelea por sus derechos como persona contra los llamados derechos históricos o los derechos de las lenguas de los que hablan los nacionalistas» se entiende como política y moralmente acertada. Pero al tiempo se admite que el lenguaje del patriotismo cívico o constitucional «no araña al PNV, no molesta al nacionalismo. Y esa es la prueba del algodón. Luego mal vamos» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria).

Mas el rechazo a hablar el mismo lenguaje que los nacionalistas —«el de las esencias»— y al tiempo la prevención con respecto al patriotismo constitucional amenaza con dejar al crítico del nacionalismo sin arquitectura intelectual. Tampoco puede el discurso crítico con el nacionalismo enfrentarse a la fuerza emotiva con la que cargan los nacionalistas a la nación —Cataluña, Euskal Herria, España— y a sus elementos -la historia, la cultura, la lengua- ni rehusar referirse a España de manera enfática: «Oponer el discurso esencialista español para neutralizar los de los nacionalismos periféricos es revalidarlos. La cuestión es no enfrentar nunca España a Cataluña. Precisamente porque los catalanes son también españoles» (Carlos, 49 años, sindicalista, PSOE, Barcelona). Por eso se reconoce que el lenguaje del civismo, con todas sus limitaciones, permanece como el único asidero para los críticos con el nacionalismo.

En los grupos se menciona la oposición entre Estado —asociado a lo político y lo cívico— y nación, relacionada con un «sentimiento telúrico», aquel que reivindicaba el nacionalismo cultural, y con «una psicología» de la que se

³ La idea de repertorios culturales usados situacionalmente es la aportación teórica esencial del muy sugerente libro de Swidler (2001). Véase también: (Swidler, 1996-7).

sospecha, el patriotismo. Este se vincula a la retórica del sacrificio y de la guerra: «Yo soy patriota, pero no me juego la vida por España»; «soy partidario del patriotismo siempre que no tenga que enfrentarme con nadie»; «yo nunca he tenido esa sensación de patriota español. Quizá como resistencia a lo que nos vendía Franco, a mí se me creó una especie de dejación de España. Sí que me importa como Estado, pero lo mismo me podría servir Portugal. Como un Estado que me asegure derechos que yo pueda tener como ciudadano» (Salvador, 52 años, profesor, PSOE, Barcelona). El reconocimiento de la dejación o el abandono de España se encabalga con una declaración de indiferencia hacia la nación que linda con un cinismo («lo mismo me podría servir Portugal») que difícilmente se puede oponer a la contundencia valorativa del lenguaje nacionalista. Una sola voz, cuya radicalidad es llamativa en el grupo de *Asociación por la Tolerancia*, se alza contra esta construcción racional del lenguaje cívico y el uso del término «Estado» para referirse a España: «A mí me importa un huevo el Estado. A mí me importa España y lo digo a la cara de quien sea ¿qué pasa?» (Alfonso, profesor, 55 años, PP, Barcelona).

Se reconoce que hubo una vez un buen nacionalismo español: el de Melchor de Jovellanos, Indalecio Prieto, Antonio Machado, esto es, el de los liberales que construyeron la idea de nación española. Pero son referencias escasas. En los grupos se recuerda un franquismo resistencial cuyas raíces se hunden en la postguerra: «Fíjate que yo tenía un tío que no comía huevos con tomate porque decía que le recordaba a la bandera española» (Carlos, 49 años, abogado, PP, Victoria). El solapamiento entre antifranquismo y antiespañolismo se forjó durante la Dictadura, identificando la izquierda progresivamente el antifranquismo con el nacionalismo español. Tal confusión permaneció durante la transición política, cuando se perfila el modelo de Estado de las autonomías.

Al cabo, la opinión general es que «no se puede hablar de España de forma normal». «No se lleva bandera porque nunca se llevó. No me gustan las naciones infladas, ni la de Viriato ni la de Vilfredo el Velloso». Alguien reconoce que «se hizo la transición política pero no la ideológica». Una idea clave, ya que algún participante se hace eco de los dogmas de una izquierda anclada en el tiempo. Así, se afirma, «en el ámbito rural España se asociaba al señorito y a la Guardia Civil, al opio del pueblo de Lola Flores y Antonio Molina haciendo patriotismo popular, a eso de «Adiós mi España querida» para hacer ver la emigración como un gesto patriótico y tener al pueblo conforme» (Olegario, 57 años, informático, PSOE, Barcelona). Contra esta reserva de tópicos, contra «este chantaje de la izquierda identificando a España con Franco» hay quien recuerda que «el franquismo lo sufrimos todos, no sólo los nacionalistas».

Mas diríase que «los partidos de la izquierda todavía no se han quitado el velo de la inocencia con respecto al nacionalismo. Estamos pagando continuamente un peaje enorme al nacionalismo periférico por existir como españoles, como una nación, y hemos acabado alimentando a un monstruo que ahora se vuelve contra nosotros» (Alfonso, 55, profesor, PP, Barcelona). La obsesión de pagar una deuda de los nacionalistas de naciones sin Estado se remonta al prin-

cipio de la transición, cuando los partidos de la izquierda repetían la consigna de la autodeterminación de los pueblos de España. Durante los años setenta la izquierda aireó la bandera republicana en las manifestaciones, y las fuerzas de la izquierda organizaron congregaciones multitudinarias por una causa que estaba en boca de aquella progresía ignorante del futuro. Recordando aquéllo se afirma que «no podemos hablar de una manera normal de España». Los participantes de los grupos culpan a la izquierda de la situación en la que el nacionalismo español está al día de hoy frente al nacionalismo de las naciones sin Estado⁴.

En los grupos se critica a la izquierda por diversas faltas ¿Qué faltas comió? Durante la transición la izquierda española pecó, primero, de una llamativa *ingenuidad* política prestando oídos a la victimización consustancial al nacionalismo: «Yo cuando llegué a Barcelona me decían: «es que no me dejan hablar en mi lengua». Y yo creía que era mi deber ayudar a que eso no fuera así: «haré todo lo posible para que tú puedas hablar tu lengua», decía yo. Pero es que actualmente no sólo tienen derecho a sus escuelas en catalán. Es que quieren que seas una copia suya para no desdibujar su paisaje». (Olegario, 57, informático, PSOE, Barcelona). La ingenuidad del PSOE se evidenció con el avance de la política de transferencias educativas: «Cayeron en el buenismo durante los primeros años, haciendo oídos sordos a síntomas claros, por ejemplo, cómo se cambiaba la toponimia o se iba mudando el lenguaje en las *ikastolas*, donde se enseñaba que la policía eran «las fuerzas de ocupación». Y las escuelas vascas empezaron a llenarse de *abertzales* sin formación alguna que impartían doctrina, y se les aceptaba porque había que introducir el *euskera*. Eran tiempos en los que Alfonso Guerra decía que había que integrar a los nacionalistas en el nuevo proyecto, que los nacionalistas eran necesarios para la construcción del Estado. Vaya ojo de águila!» (Ernesto, 53, diputado, PP, Vitoria). Se acusa al Partido Socialista de subestimar la capacidad de echar raíces del nacionalismo, «de querer integrar al nacionalismo sin darse cuenta de que el nacionalismo nunca vuelve». Es decir, que nunca se integra en un proyecto de interés general.

Además de ingenuidad, la izquierda ha pecado en segundo lugar de *cobardía* porque, a causa del «complejo del antifranquismo» ha sido siempre huidiza con el nacionalismo español: «Ha confundido franquismo con España, abandonando también la tradición liberal y republicana española. Y, a consecuencia de tal abandono, muchos años después en Cataluña y en el País Vasco ser español es ser «españolazo». «Decir «español» se ha convertido en un insulto». La acu-

⁴ Andrés de Blas analiza en diversos textos muy clara y polémicamente la responsabilidad de la izquierda española en la pérdida de conciencia nacional. Véase como muestra la siguiente cita: «Al final, algunos podían pensar que España era un invento de Menéndez Pelayo, el Estado la obra de Franco y la nación de los españoles el subproducto de aquel “Escudo imperial” de nuestra infancia. Y entre referencias al Estado español y las naciones catalanas y vasca, con el uso de comillas para el nombre de España que subrayase su artificialidad en relación a realidades primigenias como Euskadi o los Países Catalanes, fue tomando cuerpo para algunos la idea de que estábamos ante una versión doméstica del viejo Imperio cuya reformulación resultaba la más urgente necesidad de la anhelada democracia» (De Blas, 1992:106).

sación de cobardía es asimismo imputada, aunque más indirectamente, a la derecha. El PP también ha descuidado la identidad española. Al cabo, nadie la defiende salvo «una especie de vanguardia que lucha por los demás hecha de personas señaladas: Fernando Savater, Jon Juaristi, que se han tenido que ir del País Vasco, mucho después Muñoz Molina, ahora un filósofo marxista como Gustavo Bueno».

La tercera causa del alza del nacionalismo «periférico» es el *oportunismo* de la clase política, necesitada de pactos continuos para gobernar, tanto a nivel nacional como en algunas autonomías, como la vasca, donde se critica reiteradamente la renuncia de Txiqui Benegas a la *lehendakartzia* para cederla al PNV y, más recientemente, la política de colaboración de los socialistas con los nacionalistas: «simplemente se trata de pactos: tú me dejas gobernar en Madrid y yo te ayudo a aprobar los presupuestos».

La cuarta acusación para la izquierda española es la *confusión ideológica*. Sin muchos más referentes actuales que la antiglobalización, un movimiento social con un sujeto colectivo impreciso y «que no dura», el nacionalismo ha sido hasta hace muy poco una posición políticamente correcta en España: «Nos hemos transmutado y la izquierda se ha hecho más reaccionaria». Por eso el discurso cívico que se presenta como alternativo al nacionalismo es también objeto de sospecha si viene de la izquierda: «¿Pero qué es eso del patriotismo constitucional y cosmopolita? Lo dicen de boquilla. Eso es como buscarse una manta calentita para evitar el nacionalismo, para no ser tachados de ser nacionalistas españoles» (Carlos, 50 años, abogado, PP, Vitoria).

La izquierda española ha pecado, por último, de *traición* a los orígenes. Puesto que la izquierda fue antaño internacionalista, hogaño cosmopolita, decir o hacer creer que el nacionalismo es de izquierdas suena a contradicción o a mentira: por eso la postura de Izquierda Unida, apoyando abiertamente a los partidos nacionalistas tanto en Cataluña como en el País Vasco, y también la política del PSOE en el gobierno central, se entienden como un pacto *anti natura*. Un participante de extracción social media-baja se manifiesta estupefacto y señala que el nacionalismo es ahora el tema prioritario en la agenda de los políticos y que el centro izquierda español ha olvidado en su retórica política de términos como «igualdad» o «clase social». (Tales conceptos se encuentran entre lo que Ulrich Beck llama «categorías zombi» porque no están ni vivas ni muertas y sin embargo permanecen en el vocabulario de las ciencias sociales aunque ya no expliquen la realidad contemporánea (Beck 2003)). Con la pérdida de dichas categorías la propia identidad social se tambalea: «Mi problemática es eso, que cierran la fábrica, que me despidan y me quede en paro, que la sanidad esté cada vez peor... y no la banderita que lleva cada cual» (Diego, 48 años, técnico gráfico, IU, Madrid). El sentimiento de traición a los orígenes deja a los participantes que votan a los partidos de izquierda o centro izquierda en una suerte de desprotección: «Así que ¿a quien le pido yo que me defienda? ¿A la Asociación de Consumidores?». Al cabo, puede darse cuenta de la evolución de esta pérdida de sentido analizando los sentidos de la conciencia nacional.

2. LA IDENTIDAD ESPAÑOLA

Hubo un tiempo en que ser español estaba bien visto. Más de un participante evoca una mítica manifestación en 1977 en la que Santiago Carrillo se hallaba al frente de una enorme bandera española advirtiendo sobre la necesidad de recuperar dicho símbolo para la izquierda y arrebatárselo a la ultraderecha. También se recuerda la primera legislatura del PSOE: «Entonces los jóvenes cachorros socialistas se declaraban orgullosos de ser españoles. Había que sacar a España del sueño en el que estuvo durante cuarenta años y dejar atrás la idea de dos Españas. España era algo que le importaba a la izquierda porque se relacionaba con la necesaria modernización del país. Pero luego vino la definición del modelo de Estado y empezaron los problemas» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria).

En la primera fase de la conciencia nacional puede hablarse, así, de una *identidad indirecta*. España se disponía a superar el «complejo de inferioridad» respecto a los demás países europeos que había albergado durante toda la Dictadura, para hablar sólo de tiempos recientes. El país entró en 1986 en la Unión Europea y en 1992 celebró los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla: «Entonces se prestigió la idea de ser español. Ser español sin sentirlo era algo asumible para todos los españoles» (Ignacio, 59 años, libreiro, PSOE; San Sebastián). Esta *identidad latente* está próxima a un «nacionalismo español *light*, ciudadano» enmarcado dentro de lo que se entiende como un poderoso renacimiento cultural: la «Movida» de los ochenta, el despertar de una literatura española exportable —se cita a Javier Marías—, propia de una «España sin complejos».

En segundo lugar, frente a esta identidad indirecta y latente, durante el gobierno del PP se gesta una *identidad rotunda y manifiesta*, «más gruesa, de trazo áspero, que quiere afirmar un nacionalismo español del que hace causa». Así, se dice que el error de José María Aznar fue «pasar de ser español sin sentirlo al orgullo de ser español» (Luis Daniel, 58 años, dibujante, PSOE, San Sebastián). Mientras que en el tipo de identidad anterior se aplaudía la entrada de España en la entonces Comunidad Económica Europea, el españolismo manifiesto de Aznar se vincula a una malhadada participación del Estado en la guerra de Irak «buscando un papel en el mundo que no era el nuestro». De alguna manera, el españolismo aznarista habría sido reo del pecado de soberbia, tanto en su política exterior, embarcando al país en procelosas aventuras, como en su política interior, exacerbando el nacionalismo periférico: «Yo diría más: mientras que en todas partes se sentía el «español sin serlo» aquí, en el País Vasco, se intentó construir el español consciente de serlo haciendo de tí un enemigo. Porque desde el nacionalismo no se entiende que haya alguien que no sea nacionalista» (Javier, 55 años, periodista, PSOE, San Sebastián).

Hay que destacar la imposibilidad, por parte tanto de votantes como de militantes del PSOE, de justificar la política del PP. Este erró cuando afirmó el españolismo, pues agudizó el soberanismo del nacionalismo periférico e hizo de

los llamados constitucionalistas un enemigo mayor de lo que ya era para el nacionalismo radical. El PP es asimismo criticable al dejar de subrayar la identidad española, en los últimos años en la oposición, porque abandonó a los no nacionalistas, precisamente por no afirmar, como lo hizo al principio de su primera legislatura, el «orgullo de ser español». De este modo, el PP es atacado tanto por su excesivo españolismo —crítica que hacen los votantes del PSOE— como por su insuficiente nacionalismo español —reproche por parte de los del PP—.

Hay un tercer momento, el del gobierno del PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero, que mantiene una absoluta indefinición en torno al nuevo diseño del poder territorial. Se objeta la permisividad y «la política del «pedir y se os dará». Porque lo que han hecho con Cataluña ¿cómo se lo van a negar a los demás?». Vivimos en el Estado de «la barra libre» donde las autonomías demandan y el gobierno les otorga todo a un coste político muy pequeño. El Plan Ibarretxe y el Estatuto de Cataluña son los referentes principales para criticar la falta de «decisión» de la política de Zapatero para limitar las continuas exigencias de los partidos nacionalistas periféricos: «tenían que decir «hasta aquí» y no permitir esta centrifugadora en la que se está convirtiendo el Estado».

Siguiendo con la caracterización de la conciencia nacional, el tercer tipo de identidad española es la *identidad disuelta* por parte de una izquierda que asume la negación del nacionalismo español que monopolizó durante cuarenta años Franco. En este sentido «el nacionalismo periférico ha ganado la apuesta de hacer de «España» una noción retródraga, confundiéndola con el franquismo. Para borrar cuarenta años se ha borrado la historia, y el hecho de que España es uno de los países más antiguos de Europa. Identificar España con el franquismo constituye una falacia porque en realidad fueron los liberales del XIX los constructores del Estado. Y al final ni siquiera el PP ha defendido la identidad de la nación española y por eso nos encontramos con que se ha disuelto como un azucarillo en un vaso de agua» (Ernesto, 53 años, diputado, PP, Vitoria). Se explica la falta de patriotismo español en parte como consecuencia de no haber tenido dos guerras «como el resto de los países europeos. Una guerra unificadora como lo fue la Segunda Guerra Mundial hubiera asentado un patriotismo nacional como lo hay ahora incluso en países recientes, como Italia».

En cuarto lugar se puede hablar de una *identidad secreta* que se resume vívidamente en las palabras «tú puedes pensar ser español pero no lo digas porque te matan» (Javier, 50 años, informático, PP, Vitoria). Es decir, se es español en la intimidad, y por ello nadie osa declararse «de derechas»: «el factor miedo es crucial. Aparentemente la derecha no existe en el País Vasco. Desde los maestros a los jueces, todo el mundo se considera de izquierdas porque ser de derechas aquí es ser facha. Así, mientras que nosotros no tenemos nada a riesgo de considerarnos unos fachas, los nacionalistas tienen lengua, y nosotros la estamos perdiendo al permitir que se hable de «castellano» en vez de «español». Raza tampoco tenemos, claro, porque aquello de la hispanidad...ni bandera, ni costumbres. Nada».

Enfrentada a la vasca, la conciencia nacional española carece de los componentes simbólicos principales, con la lengua a la cabeza, para existir. Una va-

riación sobre la identidad secreta la ofrecen los participantes críticos con el nacionalismo catalán del grupo de Barcelona, que reconocen que entre amigos o incluso en la familia, esto es, en la esfera privada, no se habla del tema «para no perder amigos» o «para no tenerla el día de Navidad». Hasta en la esfera privada, la de los familiares y amigos. Sólo en la asociación se habla libremente de la conciencia nacional española. Al cabo, tanto en el ámbito público como en el privado «el tema se esquivo». Tal ocultación conlleva un fuerte desgarramiento interno: «Te sientes siempre un extraño en tu propia tierra. Tienes una herida tremenda ante esta pegajosa manera de vivir» (Alfonso, 55 años, profesor, PP, Barcelona).

La herida interna es propia de la figura del extraño, un tipo humano clave en sociología⁵. Para Georg Simmel el extraño es una forma sociológica, esto es, una representación de cómo la interacción funciona de manera universal. El extraño sufre por la herida que le causa la escisión interna entre el deseo de integrarse y la fidelidad a sus orígenes. Cabe resolver dicha escisión a través de la estrategia de la asimilación, convirtiéndose en un miembro de la sociedad que como extraño le rechaza, en este caso la comunidad nacionalista: «Hay gente de Valladolid o de Soria a la que no puedes hablar en castellano porque no te contestan. Son los más celosos vigilantes de la cola, y que nadie se les cuele porque ellos se han cambiado de piel. Los más nacionalistas son los últimos que han llegado. Han hecho un cambio de piel. Dicen: «mis padres era de Burgos pero yo hablo catalán. Mis padres no pero yo sí...» (Alfonso, 55 años, PP, Barcelona). «Estar en la cola» es una excelente metáfora para señalar el anhelo de integración. Del mismo modo, insistir en la conjunción adversativa («mis padres no pero yo sí») reenvía a esa «herida interna» producto de la ambivalencia entre el deseo de formar parte de la sociedad en la que se vive —Cataluña en este caso— y el origen —español— al que no se quiere renunciar. Se puede hablar pues en quinto lugar de una *identidad adversativa o defensiva* consecuencia de la tensión que produce el deseo de integración.

Es pues posible resolver la escisión interna no a la manera del converso sino empleando la estrategia inversa, afirmando las raíces españolas: «La obsesión por el origen hace que te estén preguntando siempre de donde eres. Y si no puedes ser modulado te marcan. Es todo muy sutil: según qué acento, según qué tics barceloneses, según qué gustos musicales, estás o no estás dentro del paradigma catalán. Así que yo, por resistencia, no he estudiado catalán y me niego a ser catalán. Soy profundamente españolista como dicen».

Para Alfred Schutz el extraño es aquel individuo que trata de ser aceptado o al menos tolerado. Pero tiene una «lealtad dudosa» con el grupo al que se aproxima porque no considera la cultura como un refugio sino como un laberinto en el cual está perdido. (Es el extraño al que Alfonso se refiere cuando habla de «los vigilantes de la cola» a través de una metáfora de la integración ansiada, así como lo son los no catalanes que hablan de su origen desde la conjunción ad-

⁵ Como referencias básicas se pueden citar a Simmel (1977) y (1986), Schütz (1964), Bauman (1989), Sennett (1996). También Elías y Scotson (1994).

versativa «mis padres sí pero yo»). Extraño es también para Schutz, recuperando la ambivalencia subrayada por Simmel, quien adopta la estrategia contraria a la de la asimilación. Quien no acepta el mundo donde tiene que integrarse y se transforma en un individuo que pone en cuestión todo. Así, no es tanto un observador desinteresado como un crítico permanente.

Alfonso, profesor de instituto, cuenta cómo los adolescentes de clases bajas, hijos de inmigrantes, viven en la diglosia, dada la dificultad creciente de estudiar en castellano en la escuela dado el avance de la llamada inmersión lingüística. Ello representa la ambivalencia del extraño que se sabe no aceptado y se afirman vistiendo chándal con franja de la bandera española: «Es una idealización del fascismo español mezclado con la ignorancia de unos mitos que ni tan siquiera sus padres han vivido en carne y hueso porque tienen cuarenta y tantos años». Por otra parte, han aprendido catalán y lo entienden como el medio esencial para integrarse: «En el barrio ellos viven con sus familias y hablan y juegan en castellano. Pero cuando viene el profesor se dirigen a él en catalán, conmigo también lo hacen. Es exactamente lo mismo que sucedía hace cincuenta años pero al revés en muchos pueblos de Cataluña con la Guardia Civil, el alcalde o el notario».

La afirmación de la identidad española es una reacción ante el «acoso moral» que se ha extendido en Cataluña desde hace décadas. Un participante cuenta cómo se produjo una transformación en su autoidentificación como progresista antifranquista. Abrazó la bandera española durante la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona, cuando se veían ostensibles carteles de «*Catalonia is not Spain*». Entonces, dice, se le cayó «el velo de la inocencia» y abandonó la bandera republicana que portaba la izquierda española. El acoso moral al sentimiento de pertenencia español entronca con la construcción de un enemigo: sea el Real Madrid, «*Madrid* como referente de la España negra y opresora, de Felipe V y de todos los malos en Cataluña» o «el Estado español asimilado a un territorio ajeno». El nacionalista necesita siempre un espejo donde mirarse y frente al cual reivindicarse. Y eso que Cataluña se supone que es la tierra de la tolerancia, de la «*acullida...*» (Pepe, 50 años, abogado, PSOE, Barcelona).

Así, la identidad defensiva surge como una evolución desde una identidad latente y residual, a una manifiesta y asertiva: «Me di cuenta de que era español cuando vine a Cataluña. Aquí la gente se mira al espejo y se dice: «cuan catalán soy». Yo, en cambio, era español pero no me lo había planteado, como decía Cernuda, era de la manera de ser quien no puede ser otra cosa, por desgracia.» (Pepe, abogado, 50 años, PSOE, Barcelona). «Es que me lo llevan preguntando cincuenta y cinco años: «¿de donde eres?», «¿por qué hablas así?», «¿por qué no tienes acento catalán?». Y cuando les digo que estudié en el Liceo Francés, que en los años sesenta era el máximo reducto catalanista, se quedan perplejos... Aquí hay todo un sistema de castas muy sutil. El hecho de que mi padre fuera madrileño producía un odio impensable y hacía que uno se sintiera traidor continuamente. «¿Por qué no hablas catalán?, ¿por qué no hablas catalán?». Todo ello te acaba produciendo una sensación de culpabilidad tremenda» (Alfonso, 55 años, profesor, PP, Barcelona).

La afirmación de la *identidad* española de manera *reactiva* lo llama Norbert Elias la «contraestigmatización», es decir, la venganza que llevan a cabo los «marginados» contra los «establecidos» con el fin de disminuir el desequilibrio de poder entre unos y otros. La relación entre los *insiders* y los *outsiders* es fundamentalmente de poder, entendido como una relación de asimetría. Así, el grupo que tiene más poder pone una etiqueta, un estigma de desgracia colectiva a los *outsiders*, a los que considera de naturaleza inferior. (Así ocurre, en nuestro caso, entre los catalanes y los no catalanes). Los establecidos se invisten a sí mismos de una especie de carisma de grupo, un conjunto de virtudes que comparten los miembros del grupo que tienen una *ratio* de poder mayor, mientras que los marginados son «malditos por la desgracia». Este carisma de grupo puede ser un conjunto de características positivas que algún miembro del grupo de *Ciudadanos* reconoce a los catalanes.

Así, un miembro de dicho grupo, compuesto por votantes del PSOE y el PP, reconoce que en Cataluña ha aprendido «seriedad y rectitud», «capacidad de trabajo y ahorro» y «amor por la cultura», esto es, una suerte de carácter nacional que Alfonso, el más crítico con el nacionalismo catalán, tacha de «síndrome de Estocolmo por parte de quienes se sienten agradecidos a una nación que les ha dado de comer». El reconocimiento de las bondades del estereotipo del catalán es una muestra para Alfonso de una perversión propia «de una sociedad de acomplexados». Desde otro punto de vista, la acusación de que los no catalanes/*outsiders* tengan «síndrome de Estocolmo» puede verse como una expresión de la ambivalencia intrínseca al extraño. Los no catalanes son presa de una profunda ambivalencia entre una identidad defensiva y el deseo de integración en la comunidad de los establecidos.

Para resolver dicha tensión se reivindica la bandera española, tratando de aunar la identidad nacional con el patriotismo cívico: «como la patria es donde yo soy libre... a lo mejor esa bandera que durante el franquismo nos hacía esclavos ahora nos hace libres porque te permite ser ciudadano y tener los mismos derechos que los nacionalistas» (Salvador, 52 años, profesor, PSOE; Barcelona). Esta es otra muestra de la alternancia de los dos repertorios de lenguaje, el cívico-republicano —la afirmación de ser ciudadano— y el nacionalista español —la recuperación de la bandera—, utilizados en los grupos de San Sebastián, Vitoria y Barcelona.

En sexto y último lugar aparece una *identidad obvia* que, en principio, se opondría a las identidades indirecta, disuelta, secreta y defensiva, y se alinearía con la identidad rotunda. Pero puesto que el sentimiento de pertenencia español aparece como algo secundario, frente a la prioridad que se daba a la identidad de ciudadano como miembro del Estado de derecho, lo que llamo irónicamente identidad obvia resulta paradójica porque ha permanecido muy oculta. Descartada la identidad rotunda por asociarse con el nacionalismo español, la identidad obvia resulta una suerte de cualidad connatural: «Pero ¿por qué tenemos que hacer ejercicio de nuestra españolidad? Es como si tuviera que demostrar que estoy vivo. ¿Es que no se nota que estoy vivo?» (Carlos, abogado, 49 años, PP, Vitoria).

La prueba de la debilidad de la conciencia nacional española es que sólo un participante (de los cinco grupos analizados) alude a figuras de la historia de España, mientras que al mismo tiempo niega el nacionalismo español: «Yo soy español porque ¿cómo voy a ser otra cosa? Hablo español, tengo una historia donde están los Reyes Católicos, Santa Teresa, el cura Merino, etcétera. Es como si tuviera que enfatizar si me siento hombre por la mañana cuando me levanto... Si no me he sentido otra cosa en mi vida; Por eso insisto en la idea de ciudadanía y de normas para sentirme libre no sólo de un trozo de España sino de toda» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria). Es muy significativo que quien ha criticado el patriotismo constitucional tachándolo de añagaza de la izquierda, en el marco de una suerte de conspiración del Partido Socialista para «no ofender a los nacionalistas», acabe asíéndose a la identidad ciudadana y manifestando adhesión a las normas comunes que constituyen la espina dorsal del lenguaje cívico. Los dos repertorios se usan ahora situacionalmente y en la misma frase. Como el manto del puritano al que se refiere Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* la identidad española obvia es, diríase, un manto ligero que se cae de los hombros a falta de un tejido nacional consistente.

La idea de «sentirse libre no sólo de un trozo de España sino de toda» para no hacerle el juego al nacionalismo y su lenguaje esencialista produce una identidad obvia: «Como todos los nacionalismos son totalitarios nosotros no queremos ser nacionalistas españoles. Porque ¿qué es el País Vasco sino un conjunto de provincias vascongadas? Y eso que me yo siento alavés, vasco y español. Se es vasco o alavés primero porque se es español». Se afirma así el sentimiento de pertenencia concéntrico, cuyo círculo central constituye la identidad española. Al cabo, diríase que la identidad obvia afirma que se es español de manera natural. Pero dicha identidad —la española que denomino obvia— es tan adscrita como el resto de las identidades nacionales.

Los discursos aquí analizados subrayan la crítica a todo nacionalismo. Se precisa que los españoles tienden a construir en el País Vasco «lazos voluntarios» de un origen adquirido (*bridging ties*, abiertos a los que no son como uno, incluyentes y que miran afuera). Por el contrario, los nacionalistas vascos son dados a construir lazos basados en la costumbre y en el origen común, y por tanto excluyentes (*bonding ties*, cerrados para los que son diferentes y excluyentes, que miran adentro)⁶. Así, se comenta que los no nacionalistas van a reunirse sólo a veces a las casas regionales porque tienen otras redes que no giran alrededor del origen nacional. Por el contrario, los nacionalistas vascos suelen ir a enclaves donde se reconocen unos a otros: «Un *batxoki* del PNV no es lo mismo que una Casa del Pueblo: es un sitio al que se va a comer, a hablar, a beber. En él no hay camareros sino que son las mujeres del PNV quienes hacen unas tortillas buenísimas. Y todos son amigos porque trabajan cerca, especialmente en las ciudades pequeñas, y se van al monte juntos» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria).

⁶ La distinción entre *bridging ties* y *bonding ties* la establece Putnam (2001). Véase también: (Putnam, 2003).

Al cabo, a pesar de esbozar lo que he llamado irónicamente identidad obvia, la identidad fuerte se acaba atribuyendo al nacionalismo periférico más que al español. Negando ser nacionalista español la autoidentificación española exhibe su debilidad: «La identidad española está muy diluida pero puede, sin embargo, solidificarse cuando llegue la conciencia de que esto va a quebrar» (Ignacio, librero, 59 años, PSOE, San Sebastián). Esto es *wishful thinking*, una creencia basada en deseos, no en hechos.

3. CONTESTACIÓN CIUDADANA

Tanto en el grupo de 26-36 años, de votantes del PSOE y del PP, como en el de extracción social-media se repiten las opiniones de los grupos de edad entre cincuenta y sesenta años. Así, que «se está perdiendo el arraigo». También se lamentan de la ausencia de patriotismo en España: «no hay sentimiento nacional como lo tienen los americanos. Aquí hacemos al revés que en Estados Unidos, donde ondea la bandera por todas partes. Aquí se esconde: es una vergüenza, es cosa de fachas, aunque esto sea un anacronismo»; asimismo se reconoce que «no somos nada chauvinistas como los franceses». El término chauvinismo, de origen francés y que el inglés ha adoptado, sustituye al término castellano de patriotismo, ausente en todos estos grupos. Los jóvenes reconocen el silencio en torno a España («ya no hablas nunca de España a no ser que juegue la selección española») y sólo se admite un cierto sentimiento de orgullo colectivo cuando un español descuella por su excelencia al más alto nivel internacional, como acontece con Javier Solana o Rodrigo Rato.

Se alude al carácter nacional como conjunto de características que unen a los jóvenes españoles. Dicho carácter, de perfiles muy ingenuos y vagos, estaría formado por una afinidad de actitudes («una alegría común»), una cultura sinónima de costumbres locales («la idea de España no es una cosa: es la paella valenciana, la sardana, la caña, frente al sandwich de pepino que te dan en Inglaterra mientras que tú lo que quieres es un bocadillo de chorizo, y todo eso lo metes en un cóctel...»), y una historia común señalada por referencias políticas (se mencionan la Segunda República, la Transición, el largo periodo del gobierno socialista y el del Partido Popular). Pero en general se reconoce que el rapto de España que Franco perpetró durante cuarenta años es «un trauma sin superar» que lleva a que manifestarse como español sea poco frecuente.

Los jóvenes mencionan las identidades en círculos —la familia, el barrio, la nación, Europa— pero subrayan que, siendo de Madrid, no se identifican con un lugar concreto como ocurre con los nacionalistas: «Yo me siento del centro de Madrid pero no me arraiga ni la tierra ni el castellano» (Daniel, 26 años, biólogo, PP, Madrid). De la familia a Europa, las lealtades concéntricas ignoran el círculo de la nación española. Los jóvenes no mencionan el cosmopolitismo pero sí el privatismo que aparece no tanto como una elección deliberada entre la esfera pública y la privada, sino más bien como un refugio ante una marea de información política

excesiva e incontrolable: «cada vez te centras más en tu barrio, en tu familia, en otras cosas, y no quieres historias». Reencontramos la actitud de indolencia que Simmel atribuye como una reacción al exceso de estímulos que el al urbanita sufre, ahora consecuencia de un hartazgo con «el tema del nacionalismo».

Y es que los participantes reconocen que el umbral de curiosidad que suscitaba el nacionalismo se ha traspasado con creces hasta rebasar el interés —en el plano cognitivo— y la paciencia —en el afectivo—. El límite del interés por el nacionalismo parece claramente rebasado cuando se llega a decir que «es un arma arrojada de los partidos para eludir temas mucho más importantes y de alcance más general, como que somos el país que tiene los sueldos más bajos de Europa» (Fernando, 40 años, funcionario, IU, Madrid). El nacionalismo sería así una pantalla para distraer la atención de la ciudadanía o, con un símil taurino, es un «trapo para que entres ahí y no veas otras cosas». Pero el umbral que se ha rebasado es sobre todo afectivo. Los participantes del grupo de clase media-baja de Madrid entre 40 y 50 años, votantes de partidos de izquierda y centro izquierda, trazan una línea entre lo que se puede llamar regionalismo, de índole cultural, y el nacionalismo, de naturaleza política: «Una cosa es el arraigo que puedan tener con sus tierras y sus tradiciones, y otra cosa es cerrar y marcar la diferencia y poner fronteras». La defensa de una cultura, de una bandera o de un himno se respetan, «pero límitate a eso: tú eres un país o una región de España y punto» (Diego, 48 años, técnico gráfico, IU, Madrid). Pero los catalanes quieren una selección deportiva propia, un dominio en Internet que les identifique como nación y la recaudación de todos los impuestos. Entonces «la cosa se puede ir de las manos y hay que pararles los pies. Lo que no se puede hacer es darle tanta cancha a los catalanes porque luego a ver lo que pasa con los demás».

El nacionalismo como epidemia es una metáfora repetida. Es una enfermedad «que se ha extendido por Europa y que se ha contagiado a España» y que dentro del territorio nacional también se puede propalar: «al final nos vamos a quedar las dos Castillas y Extremadura». Este temor a la propagación del mal evoca lo que Hirschman llama la tesis del peligro contra el cambio (Hirschman 1991). *Ceci tuera cela*, «esto matará a aquéllo», es una de las consignas de dicha tesis. Lo nuevo acabará con lo anterior, más precioso que lo que ganamos. La transformación del modelo de las autonomías tiene un coste demasiado alto -la disgregación de España- y pone en peligro lo logrado. Aquello que perdemos es España unida, siempre ausente como referente explícito, pero valorado porque el futuro se representa como su pérdida: «Se me está ocurriendo una tontería pero ¿por qué Burgos, por ejemplo, no puede decir: «joder, se vive mejor en el País Vasco y nosotros queremos anexionarnos a él? ¿Quién se lo impediría? Cabría esa posibilidad ¿no?» (Francisco, 42 años, vigilante jurado, PSOE, Madrid).

Contra el nacionalismo también se pueden aplicar las otras dos tesis que Hirschman analiza en la retórica contra el cambio social y político. Así, la llamada tesis de la perversidad. El intento de llevar la sociedad en una cierta dirección da lugar a un movimiento, a un cambio, pero en la dirección opuesta a la deseada. Así como las medicinas tienen contraindicaciones, el cambio social

también genera efectos perversos. La mudanza política pervierte el designio planeado originalmente y a los actores sociales «les sale el tiro por la culata»: «Se ideó el Estado de las autonomías para descentralizar el poder político y ello resultó en la creación de diecisiete comunidades autónomas, diecisiete gobiernos, diecisiete cámaras legislativas, diecisiete himnos, diecisiete banderas» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria). Es decir, la descentralización generó la multiplicación de burocracias en las autonomías y por consiguiente «un estado leve que es lo que quiere el nacionalismo».

La segunda tesis contra el cambio es de la futilidad. Dicha tesis mantiene que todo cambio es ilusorio o como mucho superficial porque las estructuras profundas de la sociedad permanecen inalterables. La tesis de la perversidad contempla el mundo como algo inconstante; la de la futilidad, lo ve como fuertemente estructurado y supone un ataque más profundo que el anterior al pensamiento progresista, que cree en la necesidad de los cambios. «Es preciso que todo cambie para que todo siga igual», decía el protagonista de *El gatopardo* de Lampedusa. La tesis de la futilidad quiere resaltar la distancia entre los propósitos de los agentes sociales (en este caso la descentralización del Estado) y las prácticas (la sustitución de las oligarquías caciquistas por las nacionalistas). Así, el cambio en la política territorial no ha conseguido sino reproducir el clientelismo del pasado, concretamente el del PNV. Y es que el nacionalismo «tiene una concepción patrimonialista de las instituciones, sobre todo cuando no hay alternancia en el poder, como en el País Vasco, en Cataluña hasta hace poco, en Andalucía y en Extremadura. Se ha formado una red de relaciones sociales y de estómagos agradecidos y eso no se desmonta fácilmente. Los *jelkides* del PNV han transformado el país en una finca propia. El gobierno se encuentra ahora en una situación en la que cada vez le va a resultar más difícil empastar los intereses comunes» (Valentín, 50 años, veterinario, PP, San Sebastián).

Lejos de tener en cuenta éstos, el nacionalismo parte de la posesión de un «hecho diferencial» y del tiempo transcurrido en la falta de reconocimiento por parte del gobierno central. Un tiempo entendido como una historia espesada por el sentimiento de agravio de la nación sin Estado: «Los nacionalistas son los que quieren que su región sea nación. Y se sienten como pueblo hace mucho tiempo» (José Luis, 40 años, ordenanza, IU, Madrid). Pero la definición subjetiva de la nación —el sentimiento de identidad colectiva— se solapa con una aceptación de la acción colectiva racional, traducida en la votación permanente, cuando no creciente, a los partidos nacionalistas. Es decir, frente a la visión del nacionalismo como sentimiento («es que irracionalizan todo tipo de conflictos tirando de tripas»), la defensa del nacionalismo se asienta en la aceptación de la lógica democrática: «yo creo que piensan lo que hacen y lo piensan con sus votos tanto si votan al PNV como a Batasuna». O lo que es lo mismo, en democracia se expresan las opciones políticas que se traducen en sentimientos y convicciones. Y ambos se afirman como legítimas.

Por su parte, la crítica al nacionalismo se da desde dos frentes. Primero, desmontando la aparente naturalidad del «hecho diferencial». Segundo, manifes-

tando el temor a la quiebra que en el sistema democrático supone la disminución de la solidaridad. El primer ataque tiene relación con la crítica que se hacía a la izquierda española en su peligrosa ingenuidad: «es que al nacionalismo se le han reído las gracias demasiado» (Edmundo, 58 años, ingeniero, PP, San Sebastián), «Porque, claro, si nosotros viviéramos en esa sociedad y nos dijeran desde pequeños que somos los más altos, los más guapos y los mejores de la clase y que somos muy diferentes de las otras autonomías... Y por ende como es un derecho histórico... pues nosotros partimos el bacalao» (Diego, 48 años, técnico gráfico, IU, Madrid). Esto es, la crítica al nacionalismo señala que el hecho diferencial no es una realidad natural avalada por la historia sino una construcción política y por tanto convencional que se solidifica con el paso del tiempo y con la circunstancia de que los partidos nacionalistas tienen la clave de la gobernabilidad: «Quien está definiendo la situación es Cataluña, y el resto de España no tenemos ni voz ni voto porque quien nos tendría que representar, el gobierno, está bajándose los pantalones ante los catalanes» (Alfonso, 29 años, economista, PSOE, Madrid).

La definición de la situación reenvía al teorema de W.I Thomas según el cual «si los individuos definen situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias». Es decir, que las definiciones compartidas de la realidad actúan sobre ella como predicciones reflexivas. Aquí la definición de la situación —por parte de «Cataluña»— se vincula con una conciencia de impotencia por parte de «el resto de España» y con una comprensión del poder como un juego donde «todos piden más». Una vez concedidas algunas de las peticiones en el regateo que ha supuesto la aprobación del Estatuto los nacionalistas siempre se beneficiarán: «se queden en el punto en que se queden siempre van a mejorar porque para atrás no pueden ir». Es decir, quienes venden los apoyos parlamentarios al gobierno —los partidos nacionalistas— ganan la partida en el mercado de la gobernabilidad. Y en el futuro se prevé que suban el coste de su apoyo.

Sigamos con la primera crítica al nacionalismo periférico. El «hecho diferencial» no se justifica en unas costumbres comunes cuya particularidad no se advierte «porque ...no sé, no creo que los vascos se hayan unido porque partían troncos juntos o jugaban a la tanca, que consiste en tirar un palo y darle». El hecho diferencial se defiende sobre todo a través de la lengua, espina dorsal de la nación: «La lengua es el ariete que se está utilizando para la construcción de la nación catalana que lleva aparejada en el futuro la creación del Estado catalán. En ese sentido la defensa del bilingüismo entronca con la del constitucionalismo tal como se entiende en el País Vasco, como el reconocimiento del marco político español y la defensa de las libertades públicas» (Pepe, 50 años, abogado, PSOE, Barcelona). La lengua como «ariete» es un poderoso símil militar que atribuye al nacionalismo una intencionalidad a largo plazo entre cuyas conquistas está la extensión de la lengua «propia» —como si no lo fueran todas—, conectando a ésta con un victimismo acendrado y permanente. La defensa de la lengua se gestó con «un argumento ecológico: para que no se pierda el *euskera*, pobrecitas lenguas muertas, vamos a recuperarlas... Pero el verdadero objetivo es

anular el castellano, que es muy distinto» (Edmundo, 58 años, ingeniero, PP, San Sebastián). Además de la lengua, el nacionalismo se basa en el pago de una deuda histórica planteada como una ofensa que hunde sus raíces en un pasado remoto: «En los años setenta se decía: «doscientos años de represión del catalán: ¿cuantos años harán falta para igualar el catalán con el castellano? Cuatrocientos.» Con lo cual nunca se paga esa hipoteca. Y así se justifica el creciente monolingüismo del catalán» (Pepe, 50 años, abogado, PP, Barcelona).

La crítica de la supuesta naturalidad del hecho diferencial se cierra con la queja del creciente abismo entre las naciones sin Estado y el resto de España, que no ha hecho sino aumentar y que acentúa la división —tal como cree la mayoría de los participantes— entre «ellos y nosotros»: «esa gente que forma parte de un país piensa que está anegada por España». El nacionalismo como epidemia que se contagia y España como una marea que inunda las diferencias son dos de las metáforas que definen la situación como un callejón sin salida.

La segunda línea de crítica con el nacionalismo de las naciones sin Estado es la insolidaridad que genera. Como se ha visto, siguiendo la tesis del peligro *la* transformación del modelo de las autonomías tiene un coste demasiado alto (la disgregación de España) y pone en cuestión lo logrado. Como gran pérdida se señala una y otra vez la educación, que debería ser siempre un interés general y que constituye una fuente primordial de conciencia nacional: «En la cuestión de la educación uno se da cuenta de la poca noción que tenemos de España» (Luis, 32 años, empleado, PSOE, Madrid). Este déficit de conciencia nacional se evidencia a través del paso desde el regionalismo al nacionalismo y de éste al federalismo, que se contempla como no amenazante. Otra cosa es la confederación, un horizonte que ya no se entiende como improbable puesto que «la independencia es la finalidad natural de los partidos nacionalistas», si bien se critica la propuesta del PSC en relación al «federalismo asimétrico» como desigualitaria y por ende contradictoria con una política progresista. Así Cataluña, el País Vasco y Galicia, al menos, pueden seguir la senda de reivindicarse como naciones, de momento, y pedir la constitución de sendos Estados en el futuro: «Yo estoy en el conjunto pero me voy cuando quiero. Eso sería la España plurinacional donde se elimina al pueblo español aunque no al catalán ni al vasco como sujeto de nación. Y lo deciden sólo ellos, los vascos o los catalanes. Es como si me tuvieran que amputar un brazo y sólo le pidieran opinión al brazo y el resto del cuerpo no puede decir ni pío». (Luis, 60 años, empresario, PP, San Sebastián).

La solidaridad es un valor hermano de la fraternidad, el tercer emblema de la Revolución francesa que, junto con la libertad y la igualdad, comienza a usarse en el primer tercio del siglo XIX en Francia, unido al movimiento reformista del «solidarismo», que reclama cooperación e interdependencia frente a la primacía del interés que enarbolaba la escuela utilitarista. Como virtud moral se entiende hoy como un vínculo fuerte con los destinatarios de la acción solidaria e implica responsabilidad en relación al otro. (La solidaridad es uno de los valores que sustenta la práctica social del voluntariado, que exige tanto un carácter moral al-

truista y cooperativo como una red institucional donde se ejerza la ayuda organizada.) Como virtud política es una disposición que lleva consigo cierto grado de incondicionalidad en relación al bien común y a la sociedad política, y tiene una afinidad electiva con la virtud republicana como «amor a la patria». Es este segundo significado el que aparece en los grupos de manera repetida e insistente (Vargas 2005).

«Yo si un vecino me pide dinero para azúcar se lo voy a dar pero si lo guarda para ahorrar porque se quiere comprar un coche pues no». El nacionalismo que va más allá del Estado de las autonomías se considera enemigo de la solidaridad interterritorial porque genera agravios comparativos tanto más cuanto que las regiones más ricas —el País Vasco y Cataluña— son las que demandan más competencias, con lo cual las regiones más pobres se pueden ver afectadas en el reparto de bienes colectivos. Los que no se benefician de dicho reparto se sienten unos «primos» (Olson 1971). Así, un primo se considera un inmigrante en zonas donde reina el hecho diferencial: «a mí me molesta que esas comunidades hayan ido para arriba a costa del sudor de mi padre, de mis abuelos y aún de mis bisabuelos. Y es que Cataluña y el País Vasco, amparándose en la historia están consiguiendo unas ventajas que otros españoles no van a obtener nunca porque no tienen argumentos que blandir frente al gobierno central». (Francisco, 40 años, técnico de producción, PSOE, Madrid). Aquí se vuelve a aludir a la naturaleza agónica del nacionalismo («argumentos que blandir»). Se insiste en que la solidaridad es un valor progresista que contribuye al cemento social y es atacado por el nacionalismo, que defiende intereses siempre sectoriales: «La izquierda no entiende el españolismo como eso de «España, una grande y libre» sino desde una dimensión social, desde la convivencia. Y limitar esa solidaridad que nos une es lo que más daño está haciendo al PSOE». Se vuelve a acusar al gobierno de traición a sus principios.

Otra metáfora reiterada es la de la sociedad como una gran familia cuyos miembros han de ayudar al mantenimiento del conjunto de la misma y en la cual la emancipación (como la secesión de España) es vista como una desertión: «Ahora que ya lo tengo todo pues ahora me voy dejando a los hermanos que han estado ahí» (Alfonso, 29 años, economista, PSOE, Madrid). La crítica a la «diferencia nacional» como artilugio ideológico que avala intereses, cuando no «privilegios». Y a la insolidaridad como ruptura del pacto social articulan el rechazo al nacionalismo.

Se mencionan las medidas posibles para limitar la llamada deriva soberanista. En primer lugar la huelga: «Se puede hacer una huelga contra el gobierno. Como se hizo hace años cuando gobernaba el PSOE contra el Plan de Empleo Juvenil. Sería como dar un tirón de orejas al gobierno, porque se está desviando respecto a lo que yo he votado» (Fernando, 40 años, sindicalista, IU, Madrid). En segundo lugar la recogida de firmas entre los ciudadanos que activó el Partido Popular para forzar un referéndum sobre el Estatuto de Cataluña. Tal medida se entiende como una forma de castigar al gobierno socialista, aunque a costa de dar armas a la oposición. En tercer lugar se recuerda el boicot (en referencia al

que se hizo durante las navidades de 2005 a la compra de productos catalanes) entendido como «una especie de desobediencia civil desde la sombra. No eres español en público pero luego interiormente dices: «si puedo atacar ataco»» (Daniel, 26 años, biólogo, PP, Madrid). (Esta declaración se vincula con lo que llamaba más arriba identidad secreta, ejercida en el ámbito privado e incluso desde la intimidad —«interiormente»—, como ámbitos de una autoidentificación española ahora vergonzante). El boicot es reflejo de un clima de progresiva «crispación» e «indignación» y se considera como una acción de legítima defensa colectiva contra la prepotencia de los nacionalistas: «ellos dicen que tienen suficientes recursos ¿no? Pues vamos a dejarles que muevan su mercado entre ellos. Nosotros no vamos a colaborar en eso. Es la única forma que tiene de defenderse el ciudadano de a pie» (Pedro, 32 años, gestor, PP; Madrid).

Pero es sobre todo votando cómo se combate al nacionalismo. Tal es la medida de protesta que se estima más democrática. Ello nos lleva al tema de la *accountability* o rendición de cuentas⁷. Esta es propia de la democracia representativa y va unida a un «deber ser» o una idea normativa de la política según la cual la democracia es un sistema donde los gobernantes son responsables ante los gobernados. En dicho modelo está en juego el control de los políticos: los electores pueden sancionar al agente por introducir políticas que no estaban en el programa electoral o por no cumplir las preferencias de los votantes. En este modelo los ciudadanos sitúan a los agentes-gobernantes y partidos en una posición competitiva para poner límites a su oportunismo.

La rendición de cuentas o *accountability* puede ser vertical u horizontal. La horizontal es aquella que permite la existencia de agencias estatales con autoridad y que fácticamente estén dispuestas a emprender acciones, desde el control rutinario hasta sanciones legales, en relación con actos u omisiones de otros agentes del Estado. La rendición de cuentas horizontal la llevan a cabo redes de agencias (entre ellas el Defensor del Pueblo, las fiscalías y el poder judicial) que controlan, rectifican o sancionan los actos ilícitos de otras agencias del Estado. La horizontal tiene como enemigos el fraude electoral y la corrupción de los políticos. A la que se alude implícitamente en los grupos es la rendición de cuentas vertical. Esta es el mecanismo por el cual los ciudadanos mediante el voto premian o castigan al gobierno en las elecciones, mecanismo principal de renovación de la rendición de cuentas. Los votantes dan el poder al gobierno sabiendo que se lo pueden quitar posteriormente. Así, hacen responsables a los gobiernos de sus actuaciones.

La rendición de cuentas se produce *ex post*, en las elecciones, pero también se puede producir *ex ante*. Esta tiene lugar cuando el gobernante anticipa la reacción de sus gobernados que le van a exigir responsabilidades, y trata de adap-

⁷ En relación a la *accountability* puede verse Sartori (1968), O'Donnell (1994), Przeworski, Stokes y Manin (1999), Przeworski (1995), STRÖM, (Ström, K. «Delegation and accountability in parliamentary democracies», *European Journal of Political Research*, 37), Maravall (2003), Maravall y Przeworski, (2003), Del Águila (2005), Schmitter (2004), Elster (2006).

tar sus acciones a lo que preve serán las exigencias de sus representados. La *accountability* tiene una fuerte dimensión expresiva, siendo un juego interactivo, una relación de poder entre los representantes y los ciudadanos por la cual éstos renuevan o retiran la confianza a aquéllos.

Al respecto los participantes de los grupos reiteran la decepción a la que les ha llevado el PSOE con su política de pactos continuos con los nacionalistas y la consecuente necesidad de votar a otros partidos: «al nacionalismo se le combate sobre todo con medidas políticas. Por ejemplo, no dándoles árnica, como hacen los socialistas aceptando los presupuestos» (Carmelo, 53 años, profesor, PP, Vitoria). «La única forma de vencer al nacionalismo es votar cada cuatro años, para eso estamos en democracia, pero eso me llevaría a votar a un partido que no quiero en el gobierno como el PP» (Javier, 26 años, teleoperador, PSOE; Madrid). He aquí la anticipación de la «evaluación negativa» o «voto de la oposición».

Por su parte, los políticos —gobierno y oposición— utilizan estrategias manipuladoras, como decir que una política es inevitable o que el líder de la oposición es poco fiable o nada cooperativo. En este sentido, los miembros del grupo de jóvenes acusan al PP de crear una situación de crispación continua con su predicción de que España se va a romper. Aunque un pronóstico tan ominoso se juzga exagerado, sí se reconoce cierto temor: «El Estatuto catalán fue algo que se perdió para España, y permanecerá gane quien gane las elecciones. Será un lastre durante décadas» (Javier, 26 años, teleoperador, PSOE, Madrid).

Otras formas de combatir el nacionalismo son una reforma electoral que impidiera a los partidos nacionalistas tener la llave de la gobernabilidad. Con un pacto de Estado entre los dos grandes partidos para reformar la ley electoral «dejaríamos de vivir en una democracia pervertida». En el grupo de Barcelona se menciona la necesidad de crear un partido no nacionalista. Fuera del marco de la política parlamentaria, la última propuesta que se hace es «recuperar el discurso nacionalista español ahora en boca del PP». Cosa que no parece fácil, a juzgar por la tibieza del sentimiento de pertenencia español que se manifiesta en el discurso de estos grupos. Quizá por eso también se alude a la necesidad de hacer un ejercicio crítico de la retórica nacionalista.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

El análisis de los cinco grupos arriba mencionados evidencia la queja general en relación a la desigual consideración de los nacionalismos periféricos y español. El primero ha sido asociado, hasta los últimos años (produciéndose el punto de inflexión durante el gobierno de Aznar), con una causa justa, la lucha antifranquista. Por el contrario el nacionalismo español se ha identificado con el franquismo, primero, y una derecha autoritaria, después. Se acusa esta identificación valorativamente asimétrica a la *inercia ideológica* de una izquierda que no ha sabido evolucionar, quedando enquistados los tópicos de los años sesenta

y setenta de la lucha contra la Dictadura. Los partidos de centro izquierda e izquierda serían los responsables de tal anquilosamiento ideológico que ha prendido en el imaginario colectivo. Asimismo, se culpa al Partido Popular de no haber profundizado en la recuperación del nacionalismo español una vez perdido el gobierno. De este modo, los dos grandes partidos, PSOE y PP, han abonado el suelo de un *vacío normativo en relación a la conciencia nacional española*.

El discurso neoespañolista se define sobre todo por oponerse a la retórica nacionalista de cualquier signo, y por enarbolar un *lenguaje cívico-republicano* que gira en torno a la *ciudadanía* entendida como un vínculo *incluyente y universalista*, frente al esencialismo de la identidad nacional y la idea de *pertenencia* que remite a un apego potencialmente *excluyente* y siempre *particularista*.

En relación a los tipos de identidad española, se observa que el tema de la conciencia nacional es objeto de interés de los grupos de edades entre cincuenta y sesenta años, esto es, los de mayor nivel educativo e implicación cívico-política. Se puede relacionar, por una parte, lo que llamo identidad «indirecta y latente», creada durante el largo gobierno de Felipe González, con la identidad española «disuelta» durante el gobierno de Rodríguez Zapatero, siendo aquélla el antecedente de ésta. Por otra parte se puede vincular la identidad española «manifiesta y rotunda», que se empezó a forjar en la segunda legislatura del gobierno Aznar, con la actual «identidad secreta» española, asociada con el temor en las zonas de progreso del nacionalismo periférico, señaladamente en el País Vasco, de definirse como español. En cuanto a Cataluña, terreno del avance de un nacionalismo democrático pero potencialmente soberanista, la identidad española se manifiesta «adversativa, defensiva y asertiva», en un orden de creciente autoafirmación de autoidentificación.

Por último hay que señalar que los grupos defienden las diversas formas de contestación política como reacción de una ciudadanía cívicamente consciente. Dicha defensa se articula tanto en los grupos con miembros votantes y militantes del PP como del PSOE e IU. En todos ellos se destaca que la forma más adecuada de pedir cuentas al actual gobierno por las crecientes concesiones a los partidos nacionalistas son las elecciones. Se observa un sentimiento extendido de desánimo ante la *debilidad normativa del nacionalismo español*, cuyo porvenir se ve como muy arduo.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (1989): *Modernidad y Holocausto*. Sequitur. Madrid.
- BECK, U./BECK-GERNHEIM, E. (2003): *La individualización. (El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas)*. Piados. Barcelona.
- DE BLAS, A. (1992): «Estado de las autonomías y transición política», en Cotarelo, R. (comp.) *Transición política y consolidación democrática. España:1975-85*. CIS. Madrid.
- DEL AGUILA, R., (2005): «Responsabilidad», en Cerezo Galán (ed.) *Democracia y virtudes cívicas*. Biblioteca Nueva, Madrid.

- ELÍAS, N. y SCOTSON, John L. (1994): *The established and the outsiders*. Sage. Londres.
- ELSTER, J., (2006): *Rendición de cuentas. La justicia transicional en perspectiva histórica*. Katz. Buenos Aires.
- FICHTE, J. G. (2002): *Discursos a la nación alemana*. Tecnos. Madrid.
- GINER, S. y SARASA, S. (): *Buen gobierno y política social*. Ariel. Barcelona.
- GINER, S. (2004). *Carisma y razón. (La estructura moral de la sociedad moderna)*. Alianza. Madrid.
- HIRSCHMAN, A. O. (1991): *The rethoric of reaction. (Perversity, futility, jeopardy)*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, Londres.
- MARAVALL, J. M. (2003): *El control de los políticos*. Taurus. Madrid.
- MARAVALL, J. M. y PRZEWORKI (eds) (2003): *Democracy and the rule of law*. Cambridge University Press.
- O'DONNELL, G. (1994): «Accountability horizontal», *La política*, n.º 9.
- OLSON, M. (1971): *The logic of collective action*. Cambridge University Press.
- PUTNAM, R. D. (2001): en *Bowling alone. (The collapse and renewal of American community)*. Simon & Schuste. Nueva York.
- (2003): *El declive del capital social. (Un estudio internacional sobre las sociedades y el espíritu comunitario)*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. Barcelona.
- PRZEWORKI, A. (1995): *Democracia y mercado. (Reforma y política en América Latina)*, Cambridge University Press.
- PRZEWORKI, A., STOKES, S. y MANIN, B.(eds.) (1999): *Democracy, accountability and representation*. Cambridge University Press.
- RENAN, E. (1987): *Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.
- SCHMITTER, P. C. (2004): «The ambiguous virtue of accountability», *Journal of democracy*, 15, n.º 4.
- SCHÜTZ, A. (1964): «The stranger: an essay on social psychology», en *Collected Papers*. Martin Nijhoff. La Haya.
- SENNETT, R. (1996): «The foreigner», en Heelas, P., Lash, S. y Morris, P. (eds.). Blackwell. Oxford.
- SIMMEL, G. (1977): *Sociología. (Estudios sobre las formas de socialización)*. Madrid: *Revista de Occidente*; «La metropolis y la vida mental», en SIMMEL, G. (1986). *El individuo y la libertad*. Península. Barcelona.
- STRÖM, K. «Delegation and accountability in parliamentary democracies», *European Journal of Political Research*, 37.
- SWIDLER, A.(1996-7): «La cultura en acción: símbolos y estrategias», *Zona Abierta*, n.º 77/78.
- (2001): *Talk of love. (How culture matters)*. Chicago University Press.
- TOCQUEVILLE, A. De. (1981): *De la démocratie en Amérique*. Garnier Flammarion. París.
- VARGAS MACHUCA, R., «Solidaridad», en Cerezo Galán, P. (ed.) (2005): *Democracia y virtudes cívicas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

RESUMEN

El siguiente artículo es parte de una investigación cualitativa de diecisiete grupos sobre «Nacionalismo y sentido de pertenencia: nacionalismo español, catalán y vasco». Se analiza aquí lo que llamo discurso neoespañolista, caracterizado por establecer una crítica del nacionalismo tanto en su versión españolista como en la de las naciones sin Estado y la apertura a un discurso cívico-republicano. Dicho discurso reivindica la noción de ciudadanía frente a la de pertenencia, propia del lenguaje político nacionalista. El artículo se aproxima, en primer lugar, a la concepción que los participantes en cinco grupos de discusión ofrecen sobre la comprensión de España como Estado, no como nación, enmarcando dicha concepción a lo largo de las últimas décadas. En segundo lugar se estudian los sentidos que se dan a la identidad española. En tercer y último lugar se analizan las formas de contestación política que se juzgan necesarios frente al progreso del llamado nacionalismo periférico.

PALABRAS CLAVE

Neoespañolismo, identidad nacional disminuida, patriotismo constitucional, rendición de cuentas,

ABSTRACT

This article is part of a bigger qualitative research based on seventeen focused groups on «Nationalism and belonging: the cases of Spanish, Catalan and Basque nationalisms». In the following pages I analyse what I call the neo-Spanish nationalist discourse, which is very critical both with stateless nationalism and Spanish nationalism, and which embraces the civic-republican language. The article deals, firstly, with the idea that the members of five focused groups have around Spain not as a nation but a State, underlying the notion of citizenship against that of belonging. Secondly, I study the different meanings of Spanish national identity throughout the last three decades, i.e., from the so-called Transition up to the present. Thirdly, I tackle the citizen reactions against the claims of stateless nationalism, and the politics of accountability.

KEY WORDS

Neo-Spanish nationalism, diminished national identity, constitutional patriotism, accountability.